

sorcio, y Santa *Tula* (que en el desierto han padecido más que las serpientes) con San Gans, San Veredemo y San Julian, y San Trofimo, y San Fermin y San Esteban ¡te acompañen en tu camino!



## VII

A LA FELIBRESA  
BETTY DORIEUX  
QUE TRADUJO «MIREIA»  
AL ALEMÁN



VII

EL DIABLO

**B**UERA de sí, y roído por el despecho, el audaz Rodrigo, maldiciendo como un hereje sale de Aliscamps.

—¡Espíritu del abismo, soberano del tenebroso caos, tú cuya vista penetra en las tinieblas, tú que escudriñas sin cesar, oh, Lucifer!—dice Rodrigo;—si algo te liga á mí, si te he servido gallardamente alguna vez... ¡yo te reclamo esta noche mi paga! ¡Y, ante las terribles palabras que voy á dedicarte, responde sin tardar á mi deseo, y en mis brazos trémulos de pasión, aunque me condenes por amor, haz caer á Nerto!

Y en las tinieblas de la noche, y con

voz sorda, Rodrigo desgrana una infernal letanía de sacrílegos *padrenuestros* que esparció á los cuatro vientos.

Una voz ronca y profunda responde en seguida:

—¡Sonríate la fortuna! Esta noche voy á edificar para tí un castillo soberbiamente amueblado. Al amanecer vé á Laurado y si te place allí tendrás los siete pecados, y, por añadidura, á Nerto.

Rodrigo, preciso es confesarlo, á pesar de su tormentosa vida y de sus vicios desenfrenados, era hijo de buen linaje y de un natural generoso. Pero encerrado por el azar durante cuatro años y once meses en el palacio de los Papas, reducido por Boucicaut á tan largo sitio, para vencer el fastidio removió la librería y hojeó, hasta el último, todos los libros del archivo. El palacio de los Papas era el depósito adonde el pensamiento humano exprimía todo su saber. Toda la fruta prohibida; todas las ciencias ocultas; los pergaminos misteriosos; el *Grande* y el *Pequeño Alberto*; todas las tésis de herejía, encantamiento y nigromancia; el Libro de Agrippa; el arte de los filtros; todos los conciliábulos de las brujas, sus groseras fórmulas de conju-

ro, talmud, cábalas, hermenéutica, piedra filosofal, alquimia, llave de Salomón, en una palabra, todo el arsenal del viejo Demonio, todas las obras anatematizadas, errores, mentiras y falsos sistemas, estaban allí bajo los pies del sagrado Crucifijo que los pisoteaba; pues si la mar recibe y absorbe todas las aguas, la Madre Iglesia debe saberlo todo.

Y dentro de aquella charca llena de perdidas raíces, de limo y de locuras; dentro de aquel bosque de horrosas y espesas sombras se aventuró tanto el gallardo sobrino del Papa que tropezó con Satanás.

Hombre: tú sientes sed de saber; y si toda la sabiduría puede caber en tu cerebro y glorificas á Aquél de quien la recibes, enhorabuena. Pero si te enorgulleces y por haber alcanzado un nido de urracas crees que puedes cazar en las nubes á los querubines de color de rosa, corres el riesgo, caro amigo, de caer de bruces al suelo...

Sobre la Roca aviñonesa, el Espíritu del Mal de aquella época histórica parecía haberse entronizado; pues sobre el Gran Cisma, que como una cruz pesaba sobre toda la humanidad, andaba revo-

loteando el arcángel inmundo; y queriendo dar un golpe sonado, acababa de echarle el lazo, al claror de la luna, á don Rodrigo, el sobrino del Papa. ¡Brava pesca!

Satanás, como sabéis, hace lo que quiere cuando á Dios le place dejarle hacer. Esta vez, el gran burlador había levantado, en una noche, un edificio soberbio y magnífico en los campos de Laurado. Sobre una loma, no muy lejos del bosque de San Gabriel, veíase el flamante castillo: de arquitectura fantástica, ni gótica ni provenzal, recordaba más bien el arte árabe. El oro, el azabache y el carmín dibujaban caprichosos rombos; ligeras arcadas treboladas; arabescos; archivoltas corriendo fantásticamente aquí y allá; columnillas retorcidas como serpientes que se yerguen y diablillos que se enroscan por los capiteles acaracolados; cornisas pintarrajeadas de las que salían gárgolas en figura de dragón; minaretes coronados por el emblema del Islam, la media luna, que desgarrá el azur del cielo con sus dos cuernecillos. En el friso y á la morisca, ciñéndolo todo, un embrollo cabalístico de inscripciones bárbaras. Para concluir, en la cúspide del mágico

palacio, dominando el vasto yermo, vese brillar una corona de bronce y oro, grande y espantosa, con mascarones espeluznantes en lugar de florones, como si fuera la tapadera del infierno. Véanse también sendas en zig-zag y jardines en donde el hombre que se aventura por ellos se pierde irremisiblemente, atraído por las palabras vagas y suspiros escondidos tras la espesura; retorcidos árboles, plantas sombrías; flores extrañas y aromas que embriagan y aturden como el humo... De aquel palacio, Rodrigo es el señor; allí tiene todo el gozo, todo el bienestar, todo el placer que puede soñar su corazón depravado.

Dentro del castillo, habían siete estancias en las cuales podían batir á su placer las alas, los siete pecados capitales.

El Orgullo, príncipe de los siete pecados, reina en la primera. En ella las nubes de incienso nublan la luz del día. En aquel ambiente tibio, un trovador pulsando su laud canta la gloria de Rodrigo, tan noble como bello, tan valiente como sabio, que al coger el fruto de la ciencia, ha engrandecido su patrimonio hasta el palacio de los siete

demonios; canta á los pueblos jóvenes que gritan y se agitan en lontananza; canta á la humanidad futura que se enseñoreará del mundo natural á su antojo, y, delante del hombre-soberano, á Dios, paso tras paso, retirándose.

En la segunda estancia reina la Envidia. Aquí la política hueca; allí los conspiradores rabiosos ahullando y rechinando los dientes.

—En tus palacios, Roma eterna, revolviendo toda la espuma, ¿no veremos otra vez á Catilina paseándose con la tea en la mano? ¡Oh, qué dicha si se hundiera todo y el cielo cayese en ruinas! ¡Viva el infierno, viva Satanás! ¡Viva el gran Leviatán!

Dentro de la tercera, se esconde la Avaricia: con el cabello erizado, los ojos llameantes, el brazo extendido, y entregados, vendidos al dios Manmun, los jugadores hacen sus trampas. El oro de Aviñón, el oro de Catana, el oro de Tolosa, rueda y reluce sobre el tapete, á manos llenas. Los rostros, amarillos como la cera, siguen, mudos, los giros de la ruleta ..

—¡Hagan juego, señores! Qué... ¿se duermen los jugadores?—y la cabra de

oro rie socarronamente alzando sus cuernos sobre la multitud.

La Gula es señora de la cuarta estancia; goza el placer del tintineo de la vajilla del festín. Sardanápalo, el rey, es el anfitrión; los vinos generosos y los vinos pálidos rebosan en las copas de oro; las cortesanas y los aventureros comen y beben; los dichos obscenos les hacen reventar de risa... Sobre el mármol enrojecido por el vino, caen ébrios, ahitos, con estruendosa gritería, ¡mientras tú, pobre Lázaro, te mueres de hambre junto á la puerta entornada, aguantando el chaparrón de injurias de los criados!

En la quinta cámara la Lujuria dá un baile escandaloso. Todas las hijas de Baal, todas las sacerdotisas de Citerea, y todas las famosas bellezas que hicieron de su cuerpo un juguete, condenándose sin remordimientos, están aquí vueltas á la vida, retorciéndose, suggestionadas voluptuosamente por la música de Lutin <sup>1</sup>. Desnudeces opulentas y senos turgentes con blancura de estatua, pasan y tornan á pasar ante la luz de las arañas; es Tais, es Cleopatra, con Lais, que enamoró á toda el Asia; es la

1) Duende, trago, demonio casero. —N. del T

Aspasia de Pericles, es Messalina, es un torrente de amor... Todas sonríen cuando pasan; pero en sus ojos brilla una llama que lleva en sí el espanto de una espada desnuda.

La sexta es la morada de la Ira, que ruge eternamente. Sobre las marmóreas paredes solo se ven panoplias cuajadas de armas; el suelo está todo manchado de sangre. Acometiéndose furiosos dos perdonavidas, espada en mano, luchan á muerte; lós campeones del duelo excitan su encarnizamiento:

—¡Sus; Ismael contra Israel!

La Muerte les acecha por una rendija, rascando las cuerdas de su viola...

En la séptima cámara, en fin, la Perea está echada con dejadez sobre mullidos cojines. Y allí, á la luz de cien lámparas, vestidos afeminadamente, los hastiados y los estragados aparecen en el escenario. Lánguida como una enamorada, una armonía de timbre de oro les mece en dulce sueño... ¡y sobre los muros de Nínive, con la maza y la espada en la mano, los bárbaros, castigo de Dios, suben vengadores!

Rodrigo va y viene por aquellos salones. Pero de la monja provenzal que el Demonio le ha prometido y que el amor

ha puesto en su corazón, busca en vano la sombra divina... Por donde va solo tropieza con la fatiga, el enojo y el asco. Para disipar la tristeza de su corazón y la inquietud que le devora, el joven caballero sale del castillo avizorando las lejanías por si vislumbra á Nerto por ellas.

Es la caída de la tarde; aquella hora en que el amante llora de amor, cuando por la sombra embalsamada no vé venir el sér amado; hora de angustias y de delicias; hora de voluptuosidad ó de suplicio que torna á la vida al doliente ó hace desfallecer al esforzado.

Llena de miedo Nerto, salía entonces del bosque invadido ya por negruras de la noche y bordeaba la laguna.

Salían del agua las largas y verdes hojas de los nenúfares y extendían las enormes flores, que robaron su palidez á la luna, sobre el estanque de dormidas aguas; y en los frondosos cañaverales erguíanse las espadañas cabeceando las espigas de sus flores...

¡Pobre desventurada! ¿Dónde irás?

Cuando el castillo, iluminado de súbito, brilla ante su vista, corre hacia él,

deslumbrada como la mariposilla á la luz, como la alondra hacia el espejuelo...

Y en la obscuridad de la noche, la claridad vivísima sale á raudales por las abiertas ventanas, en haces verdes y rojos; y en la cúspide del edificio se levanta una cúpula flameante que gira con vacilaciones fantásticas...

—¡Nerto!—grita sorprendido el caballero, corriendo ligero como el viento al encuentro de la joven que por la plana camina rendida por la fatiga.

—¡Rodrigo!—responde á tiempo que Rodrigo dobla ante ella la rodilla.—Pero ¿dónde estamos? ¡Todo lo que veo me espanta!—exclama la pobrecilla.

—¿Dónde estamos?—responde él como soñando.—¡Mi bella Nerto! Ahora que te poseo, mira, contempla todo cuanto constituye la felicidad. Mis ensueños de oro son ya realidad. ¡Estamos en el Paraíso! Cielos de gloria ábrense ante mis ojos: ardo y tiemblo ahora que voy á beber ¡oh, flor! en tu cáliz y en tu casto aliento la felicidad... ¡Desde que te ví, noble y graciosa, en el palacio aviñonés diciendo al Padre Santo:—«¡Vamos!»— desde que ví volar tu alma inmaculada de flor en flor, mi soberbia rindió su pa-

bellón ante ti! ¡Delante de esa inmensidad infinita de estrellas, que como un manto nos cubren á los dos, prométeme Nerto esta noche lo que mi ardor te promete: ¡amor, amor!

Y don Rodrigo cogiendo la mano de su dulce amiga va á cubrirla de besos... Pero ella apartándose súbitamente de él, exclama:

—¡Rodrigo, yo soy sagrada! Los santos hábitos y el velo que me cubren me ligan á Dios para siempre... Oídme, señor: desde el día del suceso del león de Arlés, si algún sentimiento resta en mi corazón, es para el discreto y valiente caballero que libró mi vida de las garras del león... aquella noche fuí presa de un torbellino de fantasmas vivientes, pesadilla de la cual perdí la memoria. ¡Pero la imágen que siempre tengo en el pensamiento y nada puede arrancármela de él es la del caballero que me robó y me sacó de una fosa, de Rodrigo! Y si nunca jamás he de librarme del horror de mis continuadas desventuras y del hado nefasto que me persigue cada vez más de cerca, todo me dice que sólo Rodrigo disipará la sombra enemiga.

—¡La alejaremos!—respondió el caballero.—¡Ven conmigo!

Y triunfante conduce á la medrosa niña al castillo de roja crestería.

Ya dentro de él, aventúranse por los solitarios corredores diciéndose esas dulces palabras que acuden solas á los amorosos labios...

—¡Mi bella Nerto!—murmura Rodrigo,—¡es preciso que te revele yo también mi secreto, que es terrible! ¡Estamos en el castillo del diablo!... Pero no tengas miedo: es mi amigo. ¡Cuando Dios dormita alguien ha de gobernar! Y, bueno es poseer el poder, ya nos venga del Olimpo, ya del Averno. Tranquilízate. El diabólico dominador de la tierra es mi compañero de armas y fatigas, y no puede negarme nada.

—¡Dios mio! ¿Es esto posible?—grita la religiosa sintiendo helársele la sangre de espanto.—¡Ah! No hay remedio: puesto que estoy en su casa es que el día fatal ha llegado... ¡Rodrigo, en este momento lúgubre y en el umbral del antro donde me lanza mi suerte funesta, escuchad el grito que sale de mi pecho y de mi alma! ¡Desgraciada de mí! ¡Nerto os ama!... Pero si el infierno ha de tragarnos ¿hay allí amor para los condenados? No, no hay. Pues bien, Rodrigo, si queréis romper el eslabón de la cadena que

os ata; si de un vuelo feliz pudiérais alcanzar las cimas donde el amor es eterno, y donde los embriagados corazones van á unirse en el seno de Dios, elevada yo por el mismo impulso creo que me salvaría también; ¡pues en el cielo ó en el abismo yo soy vuestra!

—¡Nerto!—responde tristemente Rodrigo.—Perdóname. Tú sabes cual es mi deseo... Tus palabras corteses, generosas y dulces me hacen aborrecer mi pasado borrascoso. Pero sujeto como un forzado al banco de mi galera, de grado ó por fuerza he de remar. ¡He cometido muchas locuras! Para borrarlas sería necesario el Océano... ¿Ves esas cámaras donde resuenan los zumbidos de los mosquitos del vicio? Son la imagen de mi desenfrenada vida, Nerto; y al verme amado por tí, pura y límpida como el cristal, me avergüenzo de mi pasado...

—¡Rodrigo! Un sincero impulso de remordimiento vale por toda una vida de penitencia—exclama Nerto.—¡Animo! ¡Adelante! ¡Eleva tu mirada al cielo!

Callan ambos. Una mano recia da tres golpes formidables sobre la puerta. Los tres cerrojos del castillo se abren solos; todas las luces palidecen y todo



tiembla como si hubiera entrado el huracán.

Un gran señor de rostro sarcástico apareció. Vestía negra capa bordada con brillante oropel, y adornaba una pluma roja su sombrero.

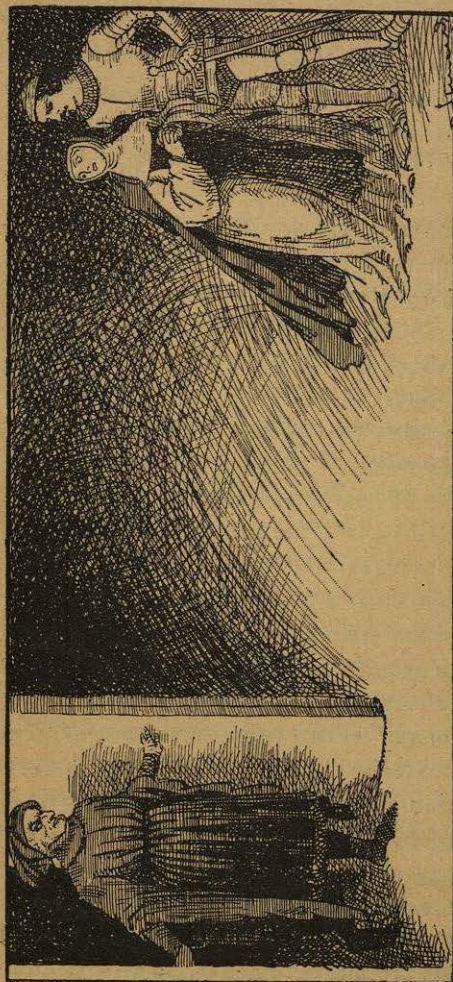
Blanca como un sudario y sobreco-gida, Nerto coge las cuentas de su rosario.

Rodrigo, fiero como Artabán, va hacia la siniestra aparición; y por las cámaras entenebrecidas donde descuel-la el Mal y entre los espesos cortinajes, desaparecen los dos súbitamente. Al pasar el señor, á derecha é izquierda se inclinan ante él todas las damas y cabal-leros, con profunda reverencia.

—¡Bien!—dice el Diablo.—¿Y la pe-queña Nerto? ¡Creo que no te quejarás de mí!

—No, no me quejo—contesta Rodri-go.—Pero aun estaré más contento, si el pacto que hicisteis, hace trece años, con su padre, loco y cobarde, lo rompiérais hoy mismo...

—¡Ay, ay, joven!—replica el diablo.— ¡Te ha picado la abeja! ¡Parece increíble que un hombre avisado y fuerte como tú, se vea subyugado tan presto por los paternostres de una monja! Es cierto



Un gran señor de rostro sarcástico apareció...

que ella es muy hermosa: tiene, como dicen los perversos, la belleza del Diablo, diez y seis años: una uva verde aun... y además, bribón, ¡es una monja!

El galán, respóndele al Diablo:

— Señor Satanás; hablemos seriamente y no riamos cuando el amor nos llama. Dejad en paz á esa niña que me pertenece ya... ¡Yo os lo ruego!

Y don Rodrigo, mordiéndose los labios, pone la diestra sobre su espada.

Satanás, girando con extravío las brasas de sus ojos, replica con aire de mofa:

— ¡Te pertenezco! Dí *que nos* pertenece, Rodrigo... ¡Diantre! ¿Querrás hacerme una jugarreta? Yo te la traje al obscurer, la hora propicia; yo la puse en tus brazos, tierna, conmovida y enamorada; te he puesto el pan y el cubierto sobre la mesa, en mi propio castillo; he dejado en tus manos todas mis artes, para tu provecho... ¿y no contento con despreciar la rica miel que te ofrezco, quieres robarme el alma virgen que compré pagándola á peso de oro? ¿Por quién me tomas? Almas negras corrompidas tengo de sobra... Pero desde que reino en las profundas regiones, nunca he podido coger la presa de un alma pura como

ésta. ¡Nerto, mi blanco serafín, será la perla preciosa del infierno! ¡Será mi triunfo y mi gloria! pues su conquista dará un mentís á la Redención, desmentirá la gracia del Bautismo, negará todos los Misterios! .. Espera que suene media noche, y Nerto, ¡psit! zozobrará en el abismo.

Al oír vomitar esta escoria de blasfemias, el valeroso sobrino del Papa se lanza como un león sobre Lucifer y mostrándole la cruz de su rutilante espada, que le presenta por el pomo, grítale:

— ¡En el nombre del Padre, en el nombre del Hijo y del Santo Espíritu de Dios, atrás, viejo dragón, atrás!

Un enorme trueno estalla al hacer la señal de la cruz, seguido de espantoso tableteo y rojos relámpagos. Una horrible tempestad producida por el encontrado combate de los cuatro vientos enfurecidos espantosamente, hunde con estrépito y rabia muros, minaretes, techumbres y bóvedas, barriéndolo todo: el castillo maldito, á don Rodrigo y al Diablo.

Solo queda en pie una monja de piedra que desde entonces se ve derecha sobre un terraplén, en medio de la plaza del castillo.